DEMONIO DEL MEDIODIA

I

Tenía las cejas ralas, el pelo corto, la piel amarillenta como si se hubiera despintado. Era de mediana estatura y podía ser considerado flaco o endeble, de acuerdo a quien lo viera. Vivía en un pequeño apartamento de ventanas estrechas, al que conducían gradas de madera, flanqueadas por una hilera de fierros grises. Usaba ropa de color entero; beige, plomo, azul, verde, nunca rojo, nunca camisas con rayas o adornos, nunca blue jeans, nunca zapatos blandos. Era soltero y a los treinta años, sospechaba que su soltería iba a prolongarse, como un estado natural.

Aunque se daba el lujo de hacer que un muchacho limpiara el apartamento tres veces por semana, jamás había comprado un sofá, ni una lámpara ni un mantel. Su casa era dos cuartos: la sala dormitorio -una cama y dos sillones- a la entrada y la cocina de dos hornillas con una mesa de madera, frigidaire, y un lavatorio. Un foco de luz destellaba en el centro del techo. Entre ambos cuartos, una puerta daba al baño que apenas excedía el ancho del water. Un armario de cajones de ropa se plegaba a la pared del baño.

Se había acostumbrado al blanco arrasado de las paredes, los vidrios desrealizados de polvo, el color incierto de las cortinas. Una alfombra verde claro se arrastraba de los sillones a la ventana y una de sus puntas enfilaba hacia la puerta de salida.

Bajo el colchón de la cama guardaba un sobre de billetes verdes, una pequeña fortuna que debía a la organizada mesura en sus gastos. La soledad, el temor, la timidez lo habían acostumbrado a manejar su dinero. Era cauteloso en sus compras de ropas, salía poco y sólo al cine, y preparaba comidas simples: ensalada de

frutas, verduras sancochadas, sopas, alguna menestra con arroz. Se preciaba de una sortija de plata que heredó de los dedos de su abuela. Sus numerosos cassettes de Brahms, de Daniel Santos, de Raúl García, del Zambo Cavero, de Mozart, de Manzanero, de Eva Ayllón, de la Lira Paucina, amontonados en el cajón, formaban un tesoro aparte. Sobre el armario, en un rectángulo líquido, un circuito de gupys curiosos observaba el modesto paisaje de la sala. Alguna vez, cuando llegaba a su casa después del trabajo, se paraba junto a la pecera y contemplaba a esas criaturas aladas en el rectángulo, nadando en la libertad de su prisión de piedras negras y racimos de plantas, fortalecidos por el chorro de burbujas que purificaba el fondo del agua. Le distraía mirarlos. Pero le resultaba asombrosamente incómodo que algún pez de pronto se detuviera y pareciera observarlo a él.

Se llamaba Renato La Hoz y en una época, sus conocidos se habían divertido llamándolo Renato La Hoz y el martillo. Aunque no era muy amigo de las bromas, tenía fama de hombre caballeroso y hasta cordial, especialmente con las secretarias, los guardianes y los mensajeros de la oficina. Al llegar, saludaba a todos en silencio, con una justa inclinación de la cabeza y un murmullo cortés ahogado por su voz aspirada. Ellos le contestaban con ligeras sonrisas y a veces muecas de complicidad risueña. Pero él generalmente no se daba por enterado.

Todas las mañanas, al despertarse, una sensación de cansancio lo paralizaba. Las acciones más comunes -levantarse, entrar a la ducha, poner la tetera-, le resultaban hazañas que debía remontar pues lo natural habría sido quedarse en cama todo el día. A las ocho y media, en la misma esquina todos los días, subía al microbús de la línea ocho, un tanque melancólico de paredes oxidadas, sobrepoblado de rostros de cera. El trayecto a la oficina, violentado por baches metódicos, interrumpido por los anuncios de algún

vendedor de golosinas y manuales, duraba a lo sumo quince minutos. Los vendedores siempre se dirigían a él: ojos fijos como muñecos, voces monótonas, súplicas programadas; aprenda inglés en dos semanas; cómo redactar cartas de amor y convencer al ser amado; reglas para hablar en público con soltura; hacerse famoso, feliz y millonario.

Llegaba a la oficina poco antes de las nueve, cuando los escritorios apenas despertaban con las seguidillas de los teléfonos. En el estudio de abogados donde trabajaba como asistente, ocupaba un cuarto de cuatro metros cuadrados: un escritorio, una máquina de escribir, un archivero metálico. Tenía una pequeña ventana que daba a las ramas de un sauce. En ese escritorio pasaba la mayor parte de su vida bajo la rutina de preparar informes y consultas que le mandaba hacer su jefe.

Guardaba un cuaderno donde iba anotando eventos, reflexiones, algunos deseos. Allí había escrito que su mente era un insecto grande, de muchas patas y sin alas, que había tratado de subir la misma pared toda su vida.

* * *

Durante los años que trabajó en el estudio, apenas faltó. Todos los días bajaba en el paradero de la Av. Benavides y cruzaba el parque de flores amarillas. Lo animaba caminar cerca de las flores, aún cuando por lo general no se paraba a mirarlas de cerca. Se había acostumbrado a la puntualidad. Era un modo de recordar a su padre que a lo largo de su infancia lo había levantado al amanecer para mandarlo en un ómnibus con su hermano hasta la Gran Unidad Escolar Ricardo Palma.

Con frecuencia, sentado en los asientos de forros lacerados que lo llevaban al trabajo, recordaba los sillones anchos, la

alfombra imperial y los cuadros de marcos dorados que albergaban, en la oficina, a su jefe, un abogado de cincuenta años llamado Ricardo Borda.

Por esos días, si Renato hubiera podido definir al doctor Borda habría usado la frase de una de las entrevistas que le acababan de hacer: "Un abogado que hace brillar la justicia". Sus ojos, sus trajes, su automóvil, sus dientes, su piel, sus mujeres, todo lo que tenía que ver con él, parecía relucir. Borda iluminaba el aire a su alrededor. La gentil y sólida luz que despedía era ansiada por los anfitriones en el centro de sus fiestas y cócteles. Príncipe hipotético y real de limeñas conocidas, la presencia del doctor Borda era un don codiciado, un broche de lujo para los eventos sociales, la foto más grande en las páginas sociales de los diarios. Había algo así como una firmeza elegante en su cuerpo alargado en ternos oscuros, distinguido por los grandes ojos marrones y el pelo castaño.

Renato conocía bien su rutina. Convivía con él a la distancia y hablaban todos los días, aunque sólo de asuntos de trabajo. El doctor Borda llegaba a la oficina alrededor de las diez y, cuando no recibía a un cliente, se reunía con alguno de los dirigentes del partido. Siempre parecía conservar el mismo estado de ánimo, un gesto suspendido entre la reflexión y la sonrisa. Era un hombre dinámico y feliz, con una arrolladora y merecida pizca de arrogancia. Aunque la inteligencia no le era indispensable, parecía exhibirla en los atentos, organizados gestos de la cara, a veces apuntalados por manos justas que la encapsulaban.

La distinguida serenidad con la que su jefe sabía hablar a los clientes lo iluminaba con propiedad frente a las cámaras de televisión. Las frecuentes entrevistas sobre temas de actualidad (sobre todo en Derecho o en Política) habían aumentado su fama y su prestigio profesional. Aparecía de vez en cuando en los

noticieros de la mañana y alguna vez en los programas periodísticos del domingo. Sus opiniones eran fluidas, pausadas, y razonables. Siempre hablaba sin apurarse pero sin vacilar, como si cada una de sus frases fuera un dardo que se clavaba en el centro de un blanco.

La revista “Gente” le había hecho un reportaje familiar. Renato lo había leído una y otra vez. El doctor Borda había presentado a su esposa en la biblioteca de su casa en La Molina. Había hablado también de su hijo, que estudiaba en los Estados Unidos. Luego había recordado sus primeros años en la Facultad de Derecho de la Universidad Católica. El reportaje había aparecido con el título de "Album de Familia" y una frase encima: "El doctor Borda lo recibe en su casa". Debajo, dos sumillas: “Un abogado que hace brillar la justicia” y "Un hombre casado con el éxito".

En las fotos de esa revista aparecía su esposa: la nariz fina, el pelo negro en caídas largas, la piel rosada. El papel que ella cumplía en el desfile de exhibición de la vida de ambos era el de un adorno pulido sobre el terno de su marido. Iba tras él a recepciones en embajadas, tardes en el palco del Jockey Club, estrenos de la temporada de ópera. Su nombre -María Luisa- hacía sonar una musiquilla dulce de acompañamiento, como si alguien le hubiera asignado su destino al bautizarla. Para el doctor, su esposa era una estatua bien esculpida que había comprado en alguna tienda de buena familia un tiempo antes para lucirla en la vidriera ambulante de su apellido. Uno de los placeres de su orgullo había sido poder mostrar públicamente su indiferencia hacia ella.

Pero a lo largo de los años, desde su modesto escritorio junto al corredor, Renato había visto el lascivo desfile de algunas otras mujeres acompañando al doctor Borda. Las ojeaba esporádicamente caminando hacia su oficina: ojos grandes, siluetas

finas y alargadas, bocas anchas pintadas de rojo o de morado, pelos largos brillosos de tinte, zapatos de taco alto, fachas de gatas sensuales e insolentes. Había de todos los tipos, formas y tamaños. Era así. La fábrica de sueños clandestinos del doctor diversificaba sus productos para renovar sus necesidades. Se consideraba que sus mujeres conformaban un dato normal en un hombre de su posición.

El local del estudio de abogados dirigido por él, imitaba una mansión sureña al estilo de "Lo que el viento se llevó". Tenía dos plantas y un ático, paredes altas, ventanas erguidas, enredaderas recortadas en la fachada, dos columnas en la entrada y un camino de losetas resuelto en una moqueta roja. Del hall de ingreso salían dos alfombras. Una conducía a la sala de reuniones y la otra a un patio y a la cocina. Unas escaleras anchas, de barandas de madera, se curvaban hasta el segundo piso donde comenzaba el verdadero movimiento. El corredor principal se alargaba como una gran arteria hasta una ventana de vidrios gruesos, marcados por escudos y por la Flor de Lis. Una serie de puertas alojaba a las asistentes y practicantes pero los abogados principales –el doctor Reuss y el Dr. Jiménez- ocupaban las dos oficinas grandes del fondo. En el otro extremo del segundo piso, en la zona que daba al parque, estaba la oficina del doctor Borda. Una puerta de madera plana y una manija dorada.

Delante de esa puerta, estaba el escritorio de su secretaria, la señora Flora. Dos lámparas halógenas, en sendas columnas metálicas, flanqueaban el espacio de entrada al despacho de Borda. "Los pilares del templo", bromeaba Renato en silencio cuando pasaba por allí.

* * *

Aún recordaba el primer día. Había llegado con un terno

modesto pero estricto, adelgazado por el uso, habilitado sin arrugas para la ocasión. Esa mañana respondió a todas las preguntas del doctor con la melodía aséptica de su primera voz profesional. Emitía frases precisas: "Si gusta, además puedo elaborar informes semanales sobre leyes tributarias" y "Espero que mi trabajo sea del agrado de usted y de los doctores del estudio". La cortesía de sus formas y la vastedad y rapidez de sus conocimientos le habían dado el puesto.

Durante todos esos años, su función había sido recibir y cumplir encargos del doctor. Escribía informes para los clientes, preparaba contratos y atendía citas menores por encargo. A veces el doctor lo mandaba llamar a su oficina. Otras, se comunicaba con él a través de su secretaria, la señora Flora.

La señora Flora tenía un nombre rimado y una voz seca y monocorde. Aunque sólo cruzaba palabras de saludo o de trabajo con ella, Renato le temía. Era una secretaria-gerencial, un símbolo agregado a la leyenda oficinesca del doctor. El nombre de esta mujer (por llamarla así) era una broma involuntaria de sus padres. La piel de piedra, los dedos flacos y fuertes, el desierto de su vestido en el que no asomaba un broche, o un lazo, la hacían parecer un ente venido al mundo para detenerlo y ponerlo en orden.

En el estudio se decía que el aspecto y los modos de la señora Flora eran la materialización de un búho humanizado con blusa y falda larga. Nocturna, impávida, sus ojos enormes clavados como faros en una piel impecable, parecía atravesar las paredes. El cuello movedizo, la expresión en un rictus medido, el sobrio orden de sus trajes oscuros eran símbolos del poder transferido por Borda. Llevando y trayendo documentos, la señora Flora era vista con frecuencia también patrullando el corredor. Llevaba siempre discretos collares de perlas, algún arete clavado, nunca colgando de los lóbulos, y zapatos chatos de hebillas plateadas. Su pelo corto,

organizado como un remolino inmóvil, parecía presionado por un puño furioso.

A pesar de los varios años que trabajaba allí, Renato nunca había visto a la señora Flora llegar al estudio. "Entra volando por la ventana al amanecer. Aterriza en su sillón y adquiere su forma humana", pensaba. (Rara vez la había visto levantarse de su asiento para almorzar. Eventualmente la vio entrar al baño). "No come durante el día. Sale a cazar insectos y ratones de noche y los guarda en el cajón. Cuando nadie la ve, los engulle sin masticarlos. Mientras tanto la mujer-buho cumple su trabajo", se decía, sonriendo en silencio.

La señora Flora tenía una cara alargada, de quijada angular, presidida por las bolas de sus ojos. Parecía estar a gusto atornillada a su silla, un mueble macizo de tela negra, junto a la gran puerta de su jefe. Observar el mundo desde su postura de gárgola privilegiada la levantaba siempre un escalón por encima del nivel de la tierra.

Ella parecía pensar que el doctor Borda encarnaba el modelo de la competencia profesional, la virtud aristocrática y la dignidad familiar. Mostraba hacia él una devoción, una lealtad y un respeto que articulaban la fría pasión que la poseía hacia él. El refinado fanatismo de servidumbre hacia su jefe tenía una compensación: la indiferencia y la autoridad que mostraba frente a los empleados.

Con el propósito de ahorrarle trabajo al doctor Borda (en realidad por su propio placer), la señora Flora se encargaba de asimilar las quejas, los pedidos de aumento, las fricciones y roces entres sus empleados.

Era una secretaria perfecta sólo para el doctor. Le servía el menú de su correspondencia, apuntaba en una libreta sus encargos, se dirigía a él con una voz meridiana, una cuerda fina y tensa que de materializarse habría servido para estrangular a niños pequeños. Era una voz que parecía haber ensayado y depurado para hablarle.

Su ceja alzada, imperiosa, despótica, servía de marco a una mirada opaca, indisoluble a las lágrimas, apenas matizada por unos párpados fríos y esporádicos. Angel de piedra en la puerta de la iglesia, era la enviada de Dios en los corredores de la oficina. Tenía un oído enorme que parecía percibir y recoger rumores con la facilidad de un cazador experto. (Se decía también que tenía algunos teléfonos intervenidos y grababa conversaciones). Si ella no podía hacer acopio de la información, asignaba a una practicante o secretaria de confianza para recoger las conversaciones de los corredores y escritorios, la hacía registrar en sus códigos propios de valores y se la servía al doctor con cuidado algunas tardes, amparada por la soledad de la oficina. El orden en que presentaba las partes de su informe verbal inducía la reacción de Borda. Sabía cómo decírselo. El doctor Jiménez almorzó ayer con los abogados de la IBM. Supongo que usted no sabía de eso. Es raro porque ya no los representamos nosotros. En otros casos, el protagonista de sus historias era un cliente. El señor Ramírez vino a quejarse. Dice que la señorita Verónica de tributación no lo trata bien. Quiere cambiar de estudio, me dijo. Ella niega que sea cierto. Pero no es la primera vez que un cliente de la señorita Verónica...

Borda había aprendido a percibir el mapa de la oficina con los límites, las capitales y territorios neurálgicos fijados por ella. Atrincherada en su escritorio, en el centro del bosque compuesto por dos teléfonos, una máquina de fax, tres agendas, una pantalla de computadora, el vidrio condecorado de memos, Flora monitoreaba cada movimiento dentro de esas paredes y medía sus repercusiones fuera de ellas. Clasificaba las labores del estudio, definía el rendimiento de sus integrantes y sugería con un susurro discreto las faltas y sentencias que se aplicaban a cada uno, en cada caso, para que el doctor decidiera.

En una ocasión la señora Flora había hecho un comentario en

presencia de una chica que acaba de entrar al estudio. “El primer deber de una secretaria es servir y aprovisionar de información confiable a su jefe. Para él es decisivo. No debe haber dudas ni confusiones en este asunto”.

* * *

La señora Flora sonreía sólo frente a un visitante conocido de la política local o un cliente significativo. Su gesto no era una sonrisa exactamente sino una congestión disciplinada de sus facciones que dejaba un sesgo risueño en los labios. Era la imitación torcida, velada de una sonrisa. Porque el suyo no era un rostro sino una lámina artificial, un sello de carne embalsamada, una máscara de piedra tibia. Quizá sólo los enigmas de su extrema soledad podían explicar la rigidez de sus músculos. ¿Quién era realmente? ¿Tenía una familia conocida, alguna amiga? ¿Había querido a alguien, había llorado, había tenido miedo, había sido alguna vez avasallado por un deseo sexual a lo largo de su vida? ¿Tenía algún pariente? Renato sólo sabía de una hermana; había oído sobre un esposo ausente. No parecía tener amigas. Dentro del estudio apenas conversaba con las demás secretarias, excepto si alguna podía servirle. La amistad, pensaba seguramente, podía interponerse en su rol de vigilancia. Ella daba el ejemplo: los largos trajes impecables, la agenda en el centro de la mesa, los memos, los lapiceros formando ángulos rectos en su escritorio, los horarios. Uno de los rumores de la oficina era que en el cajón inferior de la izquierda guardaba bajo llave una botella de gin que apuraba de vez en cuando en un vaso azul tornasolado. Sin embargo, su conducta nunca había mostrado ninguna alteración que pudiera hacer sospechar de su secreta afición a esa botella.

Sólo con el doctor, sus mandamientos dejaban paso a la

devoción. Le cuidaba en secreto sus aventuras nocturnas inventando "reuniones", "viajes de trabajo" y "conferencias" con una autoridad glacial. La premisa de su complicidad era la confianza que había inspirado en María Luisa. Conservaba para ello relaciones corteses y hasta cordiales con la esposa del doctor, que siempre aceptaba las excusas.

Si no la hubiera visto como un homenaje adaptado de Agripina, Renato habría pensado que en el cuerpo de la señora Flora latía un amor enrarecido, secreto y violento por su jefe. Sin embargo, cada vez que pasaba cerca de ella y atisbaba su rostro de mármol sobre la pantalla, le parecía imposible que esa máscara albergara una emoción.

Cuidadoso y cortés con los clientes, Borda, en cambio mostraba a sus empleados las brechas de su naturaleza explosiva. La presión por no tener los informes a tiempo se trasladaba periódicamente a su voz ronca. "No sé hasta qué hora voy a tener que esperarlo, señor La Hoz", le había reclamado en ocasiones. "Estoy esperando solamente que usted acabe, carajo".

Sin embargo, luego de sus recriminaciones, cuando el informe había sido entregado y pagado, el doctor siempre le agradecía brevemente. Alguna vez le había dado un golpe amistoso en la espalda. Después de eso, por lo general, sólo le otorgaba lo que a todos: una venia de saludo. "Apenas tuve que añadir nada a su informe", le comentó en ocasiones a manera de felicitación.

Renato asentía a los halagos y a los regaños con la misma sonrisa. Pero esa sonrisa era falsa como era falsa la historia de sus cortesías, de sus saludos, de sus relaciones con el doctor.

Porque en secreto, tapiado por su rostro, Renato detestaba a su jefe. Lo aborrecía.

El minucioso odio que sentía por él, recolectaba y magnificaba sus detalles. Cada uno de sus objetos, cada parte de su

cuerpo, era un refugio para el rencor que sentía. Veía al doctor a través de un prisma magnificado: su cara de líneas duras y armónicas, su boca de bordes mesurados, su pelo como un penacho afeitado que nunca se alteraba. Su ropa impecable, el escritorio con el cortador de papel que tenía una empuñadura toledana y el cartapacio de cuero grueso. El escudo en la pared con esa inscripción dorada en latín y el cuadro de arte moderno de franjas rojas. Los golpes acolchados con los que avanzaba por el corredor, antes de mandarlo llamar para impartir las primeras órdenes. Las camisas amarillas con corbata roja, el sonido cristalino de su voz en la lejanía de la puerta. El cuchillo de su mirada cuando iba a reprocharle una omisión en el contrato. La displicencia de su saludo, el borde lustroso de los zapatos, los gemelos que lucía antes de un cóctel o una recepción. El anillo dorado de cuerpo redondo, reluciendo.

Lo odiaba en el último de los recuerdos. Desde el fondo del infierno silencioso, a través de una cortina de llamas, Renato no dejaba de observarlo.

El doctor Borda no era mezquino en el pago de su sueldo. El trato hacia Renato era parecido al que recibiría en otros estudios. El misterio de su rencor no parecía justificado por unas pocas razones rutinarias. “Después de todo”, pensaba a veces, “no sé por qué pienso tanto en él”. El odio apasionado que sentía por su jefe no tenía una explicación o una justificación en su relación con él. Pero Renato a veces pensaba que eso no hacía sino aumentarlo.

Y sin embargo, Renato trabajaba con rigor y constancia y procuraba cumplir con él lo mejor posible y en silencio. Había enjaulado la pasión de su odio y mostraba su rostro sonriente para aceptar y permanecer. En el vasto y fino museo que era la vida del doctor, Renato estaba designado como uno de los guardianes que cuidaba que todo siguiera en su lugar, un uniformado anónimo, un

perro entrenado para cumplir con su trabajo, un paje burocrático en su rol: bajar la cabeza, apretar los dientes, haciendo un esfuerzo, todos los días callado y ante él, durante todo ese tiempo.

Renato podía arrastrar la carga de su odio indefinidamente. Las pasiones de su cortesía y de su miedo le habían enseñado a convivir con su enemigo. Creía poder seguir así. Tenía además la dudosa ventaja de unas facciones inmovilizadas por el hábito de hablar poco. Aunque espoleado por el resentimiento, su organismo se había estructurado en torno al andamiaje sencillo de la resignación. Sería lo más simple, pensaba, mantenerse en estado de aquiescencia y mirar el destino que le habían concedido: ser un escribano de otros. "El resentimiento y la envidia forman un fuego blanco, un monstruo silencioso que me va erosionando. Hacen una pasión extraña y contradictoria, la de querer ser igual a la persona que odio. En condiciones normales sería difícil tolerarla. Si las acepto, si soporto quien tengo que ser aquí, si sigo con el doctor Borda, se debe a una oportunidad preciosa: la de estar cerca de la mujer a la que amo", había escrito.